

Periodismo y cultura

Adriana Malvido

Después de escuchar a Nélida Piñon y a Elena Poniatowska, algo nos queda claro. Y es que todos somos aprendices. En el Salón Juárez sólo se oye la respiración de un público joven que escucha y mira cómo un espacio cualquiera se convierte, gracias a la magia de la palabra, en oráculo donde la sabiduría se hace memoria, se viste de historias, le da vida al conocimiento y a la experiencia y nos invita a repensar el periodismo como expresión cultural y a concebir la cultura como hija de la imaginación.

Nélida Piñon descubre la cortina del escenario para revelarnos la poderosa influencia de la prensa en su vida, de la labor didáctica que ejerció la lectura cotidiana del periódico en la niña brasileña, descendiente de gallegos, fascinada desde pequeña con el espíritu aventurero de los reporteros y de Simbad el marino. “Aquí viene la vida”, pensaba mientras abría las páginas del diario como una manera de inaugurar el mundo. “Era una obertura extraordinaria”, aquello tenía plasma, sangre, historias y narrativas que la vinculaban con la existencia de otros, pero también con su entorno porque “las familias están dentro del periódico, quienes somos está ahí adentro, cada noticia corresponde a un grupo social”.

Gracias al periódico, dice, ha entendido lo que pasa en su país y en el mundo. La capacidad del periodismo para crear mitos, héroes y personalidades le fascina. Los necesitamos “porque uno es insuficiente, nuestra familia es insuficiente, tenemos que abarcar todas las instancias humanas, sólo así nos damos cuenta de que somos múltiples. Me encanta que se hable de las mujeres como figuras proteicas, que viene de Proteo, capaz de asumir todas las formas humanas, hombre y mujer, la vegetal y la mineral, para poder mirar al mundo a través de un horizonte extenso, casi irresponsable, por su diversidad. Y la prensa te ayuda a ver todo eso”.

La autora de *La república de los sueños* se pregunta: “¿Cómo se puede vivir sin las noticias, sin las intrigas, sin el conocimiento, aun sin el disenso?”. Para Nélida,

las primeras señales de vida cada mañana son el café y el periódico; sin embargo, “hoy veo una prensa muy aséptica, casi burocratizada, que dejó aparte la pasión y el sentido del drama que están en la naturaleza humana. Somos seres teatrales, dramáticos, y cuando nos enfrentamos con una creación tan aséptica, nos sentimos expulsados de la proposición estética. Ni la literatura ni el periodismo deberían hacer expurgos, porque la vida proviene del caos y el caos es de una riqueza extraordinaria”.

Elena Poniatowska nos devuelve a la proposición estética cuando evoca presencias de un periodismo cultural a la altura del arte.

En primer lugar, José Emilio Pacheco: “Nos puso la poesía en las manos, la platicó para que pudiéramos decirlo en la calle, en el aula, en la manifestación, junto a ella acomodó, como si fuera lo más fácil del mundo, los grandes temas de la muerte, de la vida, del viaje y del conocimiento al traducir a Beckett y a Marcel Schwob, a Oscar Wilde y *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot, a Apollinaire y a los griegos”. La autora de *Tinísima* duda de que algún periodismo cultural del continente supere la gran lección de los *Inventarios* de JEP que, como ella, todos deseamos que sean recogidos en un libro.

Poniatowska destaca el lugar de Rosario Castellanos, como crítica literaria, en el periodismo cultural. Porque además de ser un icono de las letras mexicanas, divulgó la obra de autores como Simone Weil, Jane Austen, las hermanas Brontë, Marguerite Yourcenar, Simone de Beauvoir, Clarice Lispector, Nélida Piñon... y envió sus artículos cada semana hasta el último día de su vida, el 7 de agosto de 1974, desde Tel Aviv, Israel.

El siguiente es Ryszard Kapuściński, autor de *Ébano* —esa deslumbrante mezcla de reportaje y arte— y, entre otros libros, del imprescindible *Los cínicos no sirven para este oficio*. Por su talento como escritor y la ética con la que ejerció el trabajo reporteril, se le conoce como “el mejor periodista del siglo xx”. Elena cita lo que el polaco

Lo que sigue levanta una ovación: “No puedo ni pensar en lo que haría Monsiváis ahora al ver la desaparición de 43 muchachos normalistas en Ayotzina-pa, pero puedo imaginar su dolor y su indignación ante la mentira, la corrupción y la total ineptitud de un gobierno que supuestamente se había comprometido con los padres de familia. De lo que sí tengo absoluta certeza es que encararía la desaparición forzada de miles de mexicanos y desenmascararía las mentiras que hoy nos agobian”.

En su libro de ensayos *Aprendiz de Homero*, Piñón incluye el texto “Arquímedes, el buen reportero”, personaje real sobre el que se extiende en el diálogo porque conocerlo desde muy joven fue definitivo en su vida y en su decisión de estudiar periodismo aunque supiera, desde siempre, que sería escritora. Porque, cuenta, gracias a él supo que estudiar letras “no me iba a dar la porción mágica y misteriosa de la vida, porque lo veía desesperado en la calle como con un sentimiento de culpa por no haber contado la historia que la vida requería, como si estuviera en falta con la vida. Él no tenía vida propia



Nélida Piñón y Elena Poniatowska



Nélida Piñón, Elena Poniatowska y Adriana Malvido

sino la vida que la gente le delegaba. Iba y buscaba abrir ventanas y gavetas de la casa ajena para descubrir lo que me parecía extraordinario”, y aunque la literatura hace lo mismo, “el lenguaje periodístico está más conectado con la oralidad, que siempre ha sido una pasión en mi vida”. Hoy, advierte, hace falta renovar el repertorio imaginativo de la narrativa periodística, describir esas instancias mágicas llamadas sentimientos, las inestabilidades emocionales...

En ese tono, Elena Poniatowska —que siempre está registrando la vida en su libreta y su grabadora— recuerda a Gabriel García Márquez, cuya inmensa novela *Cien años de soledad* no sólo “la reivindicación de toda América Latina, sino resultado de años y años de trabajo como reportero”. Sus obras, afirma, son un inmenso reportaje. Y por eso “es importantísimo no maltratar al periodismo ni a los reporteros que a diario dan una enorme lección de humildad”. De pronto, Elena cambia de voz para imitar a Pita Amor que le decía: “¡No te compares con tu tía de lava, no te compares a tu tía de fuego, yo soy la dueña de la tinta americana y tú, una pinche periodista!”.

Un periódico, dice, te da cosas inesperadas. Su propia pieza, “De noche vienes”, la escribió a partir de una historia que atrapó entre las páginas de la prensa. Es más, “a mí el periodismo me ha dado todo lo que soy, me ha dado mi país...”.

Para concluir, Nélida Piñon lee un texto recién escrito para México: “La cultura, hija de la imaginación”.

El silencio en la sala persiste, su voz envuelve cuando dice que “a lo largo de milenios, [la cultura] superó cada hora, acumuló saberes e intrigas, con los cuales propició argumentos que validasen el arte y el humanismo, en cuanto nos atraía con la promesa del misterio capaz de vencer los umbrales del mundo”.

Intento un resumen: Los saberes del mundo están a nuestro alcance. Tiene patente cultural todo lo que gira en torno de las múltiples maneras del hombre de inventar lo cotidiano. La cultura presta servicios indistintamente a todos los pueblos, a todas las clases, a todos los tiempos, las civilizaciones habidas. Lo cierto es que acciona las actividades creativas que enlazan a la humanidad. Un libro que llega traducido al regazo de un lector extranjero, ávido por la narrativa, transfigura la estética humana. Esta puede disolver divergencias, facilitar reconciliaciones, multiplicar el repertorio de las ideas y de los hechos. Este arte que viaja puede ser también un arma mortífera cuando coloniza al vecino, menosprecia sus saberes. Con todo, el arte es la mejor parte del corazón humano.

La cultura está presente siempre, aun sin ser vista, pero no es amena ni sinónimo de felicidad. “Sin embargo, no obstante la corona de espinas que adorna santos y pecadores, la cultura es la alegría de los hombres. La alegría que lustra la humanidad”.

De esa alegría se impregnó el Salón Juárez la mañana en que Elena Poniatowska y Nélida Piñon nos recordaron que somos eternos aprendices y que para modernizar al mundo hay que abrazar la sabiduría.